

en Rosero, que, a mi parecer, con esta novela escribe el género premio: produciendo lo que un jurado espera de un colombiano escribiendo sobre las violencias del narco y la guerrilla y de sus víctimas indefensas, con una dosis de erotismo, todo medido para una mirada masiva, internacional. Mucho menos interesante que *Cartas cruzadas* de Darío Jaramillo o *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo. No obstante la importancia para el diálogo que se plantea en el libro, siento un contraste: el capítulo sobre Lemebel es acaso el mejor texto que se ha escrito sobre el cronista chileno, pero el dedicado a Rosero me parece mucho menos exigente. De hecho peca de excesivamente generoso para un libro fabricado más que escrito.

Sin embargo, como con el resto de los ensayos de este libro, resulta productivo colocarlos juntos, en la tensión entre la exigencia del capitalismo mundial y las posibilidades de resistencia. Y desde estas lecturas de literatura reciente, regresar a las lógicas subyacentes de violencia y ruina, de diferencia (y no sólo una diversidad tan celebrada como olvidable), finalmente de nombres de la colonialidad. Desde la lectura indócil cimentada en la razón colonial es entonces que hay que releer tanto las “novedosas” prácticas de la literatura mundial (229), como los discursos de los estudios culturales renuentes a una economía política y a los datos duros (245).

José Ramón Ruíz Sánchez Serra
University of Houston

Humberto López Cruz, ed. *Virgilio Piñera: el artificio del miedo*. Madrid: Editorial Hispano Cubana, 2012. 378 pp.

Pocos autores en la literatura cubana han conocido fortunas tan variables como la de Piñera, y el aluvión de publicaciones que sobre su obra y figura ha atraído su centenario parecen venir a confirmar esa alternancia extrema entre períodos de silencio o marginalidad y otros de visibilidad pública o incluso centralidad literaria, que fue, como es sabido, la suerte que le cupo a su autor en vida, pero que pareciera haberse extendido, desde hace mucho, también a la producción crítica sobre su obra. La atención crítica del centenario, además, rebasa el mero homenaje y tiene no poco de estratégico —de rehabilitación por un lado, de vindicación por el otro— en una especie de contienda simbólica por el lugar de la figura de Piñera en el panorama literario cubano, contienda en la cual la palabra que se usa como arma arrojada vendría a ser “apropiación” (de su discurso, de su figura) y donde pocos, en cambio, se han detenido en una crítica afirmativa.

A su vez, para complicar más las cosas, la obra misma de Piñera supone un esfuerzo crítico especial, que viene dado por su singularidad, en buena medida excéntrica o incómoda, con respecto a ese mismo panorama literario: marginal o disidente con respecto a la poética de *Orígenes*, luego marginal con respecto a *Ciclón*, luego parte del grupo de *Lunes de Revolución* desde una distancia generacional que hacía de él tanto parte como figura tutelar; final-

mente, hasta su muerte en 1979, en un ostracismo que hizo de su figura un mito distante, una presencia literaria activa sólo para iniciados o asistentes a tertulias más o menos secretas. Otro tanto ocurre con la relación de su escritura con los géneros literarios: salvo su poesía, no por gusto la zona mejor estudiada de su trabajo, el resto de la obra de Virgilio transcurre en géneros “marginales” o supone una apropiación muy particular del género en cuestión. El teatro de Virgilio, además de lo periférico del género mismo, no tiene correlato a la mano en el canon literario cubano; mucho menos su narrativa, con tres novelas cuya condición misma de novela resulta discutible, y con una práctica del cuento que tiene poco o nada que ver con los cauces tradicionales o que le fueron contemporáneos del cuento en Hispanoamérica. Quizá también en parte por esa dificultad crítica la contienda sobre la apropiación simbólica de Piñera haya discurrido, sobre todo, a través de una discusión sobre la circulación de su obra que atañe también, cómo no, a su visión de lo nacional o a su irreverencia frente a los discursos de autoridad, pero que, al hacerlo, salvo contadas excepciones, indaga poco en los elementos formales que sostienen sus textos.

El libro que nos ocupa tiene la ventaja de quedar fuera de ese enfrentamiento estratégico o al menos de no vertebrarse en torno a él, lo que permite que gran parte de los trabajos que lo componen se centren, precisamente, en la singularidad de la obra de Virgilio, en su marginalidad propiamente literaria.

En ese sentido, resulta de particular interés el estudio que de la narrativa de Piñera se lleva a cabo en los trabajos de James J. López —en un lúcido análisis que atiende a la relación entre sátira, géneros satíricos y forma de la prosa piñeriana, y que toca puntos importantes para la consideración crítica de Piñera—, de Carlos Cuadra —quien se ocupa de figuras como la proyección o el doble en la dialéctica de negación y deseo de *La carne de René*— o Abde-rahman Beggar —sobre el sustrato filosófico que sostiene la construcción textual de *Pequeñas maniobras*—. Otro tanto ocurre con acercamientos al teatro o la poesía de Piñera, que se ocupan tanto de la poética de su autor (Chem Sham) como de elementos formales o genéricos (Rodríguez Cascante), o incluso de la influencia de Piñera sobre autores posteriores (María Lucía Puppó).

La zona que atiende a las relaciones de Virgilio con el grupo Orígenes tampoco soslaya una lectura atenta hacia, por así decir, Piñera en sí mismo, pero es la menos resuelta en términos de conjunto —de hecho, me refiero a “zona” y no a “parte” del libro porque, tras los artículos iniciales de Jesús J. Barquet y Aída Beaupied, se solapa con otros conjuntos de contenido: es el caso de los textos de Luis A. Jiménez y Miguel Ángel De Feo sobre “La isla en peso”, que en buena medida prosiguen la reflexión sobre las relaciones entre Virgilio y la poética origenista, pero que aparecen mucho más adelante en el volumen. Y esa zona, en cuyo nudo se halla en buena medida la dificultad de una crítica que no defina la obra

de Piñera sólo de manera correlativa, hubiera constituido una buena entrada para la reflexión crítica que propone *Virgilio Piñera: el artificio del miedo*. En *El libro perdido de los originistas* (Sevilla: Renacimiento, 2004) Antonio José Ponte pone el dedo en la llaga cuando afirma, refiriéndose a la crítica sobre Piñera, que “definir por negaciones una obra como la suya significa dejar bastante intocado su cuerpo. Las definiciones negativas van bien con el cuerpo incorpóreo de Dios porque lo numinoso queda a resguardo de palabras. Pero un Virgilio por negaciones constituye un paseo alrededor de las murallas, un Piñera perimetral. Las definiciones negativas, hurtando el cuerpo a definir, subrayan también la pasividad de ese cuerpo: no es tal o más cual cosa, tampoco es lo de allá, y acaba siendo algo disminuido muerto alrededor de lo cual giran y bailan las cosas que sí son” (Ponte 52).

Es ése, precisamente, el riesgo que sortea con éxito el libro que aquí nos ocupa, y ésa su mayor virtud. El volumen, en conjunto, sorprende positivamente por el acercamiento directo a la obra misma de Piñera y la saludable distancia que toma de otros derroteros críticos, mucho más interesados en su circulación o recepción, o en resolver esa contienda simbólica sobre la figura de su autor que mencionábamos al principio. Si bien no explícita, se agradece la decisión de López Cruz de armar un libro *sobre la obra de Piñera*, y no otro más sobre su recepción o sobre las políticas culturales que la han estimulado o desalentado. Precisamente en ese sentido, si algo se echa de menos es

una propuesta de orden que hiciera más visibles las partes que componen ese recorrido, y que resultaría en una mayor ilación del conjunto. En cualquier caso, y más allá de polémicas sobre la rehabilitación de Piñera por las instituciones cubanas, cabe esperar que la reciente publicación en Cuba de sus obras completas y la revitalización crítica que sin duda ha traído consigo el centenario haya llegado, al fin, para quedarse. La lectura de este libro hace posible, por suerte, ser optimista al respecto.

Waldo Pérez Cino
Universiteit Antwerpen